determinación conceptual se dedica a hacer notables descripciones de los tipos humanos que las poseen.

IX. Política

La Ética aristotélica desemboca en la Política y parece subordinarse a ella. Ambas consideran el bien del hombre. Sin embargo, "el bien es ciertamente deseable cuando interesa a un solo individuo; pero se reviste de un carácter más bello y más divino cuando interesa a un pueblo y a un Estado entero" (Ét. Nic., I, 2, 1094b). Además, nadie puede ser virtuoso si no ha sido educado, y es al Estado a quien compete, en último término, la tarea educativa.

"Animal político"

Aristóteles defiende una especie de **"organicismo social"**: "El Estado es anterior por naturaleza a la familia y a cada hombre tomado individualmente. El todo, en efecto, es anterior a cada una de las partes, [...] y si cada individuo, tomado aisladamente no se basta a sí mismo, es que debe ser referido a la totalidad" (Pol. I, 1, 1253a). Por esta razón, el hombre es, esencialmente, un **animal político o cívico** (*politikòn zôon*). Por cierto, hay también animales gregarios y rebaños, pero el hombre y el Estado (la ciudad-Estado) pertenecen a otro orden, como lo demuestra el que sólo el hombre posee el lenguaje. Gracias al lenguaje puede el hombre comunicar con sus semejantes acerca "del bien y el mal, de lo justo y lo injusto y de las demás cualidades morales, y es la participación y comunidad en estas cosas lo que hace a una familia y a un Estado" (ibid.).

Autarquía del Estado

La **prioridad del Estado** se basa en el hecho de que sólo él puede bastarse a sí mismo (*autarkeía*); el individuo y la familia no se encuentran en el mismo caso. Pero no se trata de una autarquía exclusivamente económica, sino fundamentalmente *ética* y humana: sólo en el Estado puede alcanzarse el reinado del bien y la justicia, la perfección última del hombre. Por eso, el Estado no es un fin en sí mismo, y Aristóteles no defiende un totalitarismo político: el fin del Estado es la felicidad y la perfección moral de los ciudadanos.

Pragmatismo

La teoría aristotélica de las **formas políticas** es notablemente pragmática y bastante fluctuante. Sin duda, los libros VII y VIII de la *Política* son una descripción de la ciudad ideal, pero pertenecen a los cursos más antiguos incluidos en esta obra. En general, Aristóteles critica la política idealista-utópica de Platón. La Política no puede ser -como tampoco la Ética- una ciencia exacta, sino empírica, como lo demuestra el trabajo de recopilación de Constituciones políticas realizado por sus discípulos.

Ciertamente, Aristóteles se mantiene fiel al esquema de la pequeña ciudad-Estado, considerando como absurdo el ideal cínico del "estado natural" o el universalismo imperialista de Alejandro. Recoge la ya "clásica" clasificación de los sofistas: monarquía, aristocracia y democracia (a la que llama *politeía*, gobierno constitucional), con sus degeneraciones en tiranía, oligarquía y demagogia (a la que llama, sin más, "democracia"). En las tres primeras formas gobiernan los mejores y más virtuosos, y lo hacen en vis-

tas al bien común, no en provecho particular. Cuando esto no es así, se deriva hacia las formas degeneradas.

En realidad -y a pesar de numerosas afirmaciones en contrario-, Aristóteles no otorga la primacía a ninguna forma de gobierno, y se muestra muy pragmático al tener en cuenta las diversas condiciones geográficas, económicas o psicológicas de los pueblos, que conducen a éstos a inclinarse por un sistema político u otro. Se ha señalado, con todo, que ese mismo pragmatismo lleva a Aristóteles a inclinarse por una *politeía* basada en las "clases medias" y gobernada por los "mejores". Punto de vista que coincide con su teoría ética: la virtud consiste, en todo, en un "término medio" adaptado a las circunstancias, a la naturaleza concreta de los hombres y a las exigencias de la prudencia.

CONCLUSIÓN

La filosofía de Aristóteles -que no en vano pasó veinte años de su vida en la Academia- comienza por ser un desarrollo y reforma del platonismo. Pero la capacidad creadora de su autor era tal que el producto se convierte en algo realmente nuevo. De este modo, sólo es una verdad a medias el oponer platonismo y aristotelismo. Lo que sí cambia es la perspectiva y la intención. Hijo de un médico, Aristóteles tiene un talento especial para observar los fenómenos de la vida, de la generación y la corrupción, de la multiplicidad de las especies y la irrepetibilidad de los individuos. Lo *real* ya no es para él la Idea eterna, sino el individuo que se transforma. La ciencia deberá, pues, abandonar la contemplación de los objetos eternos y ser capaz de explicar el mundo que nos rodea. De ahí que sea preciso recuperar el *empirismo* de los primeros filósofos: los sentidos son la fuente de nuestro conocimiento.

La filosofía posterior tendrá, pues, dos grandes fuentes de inspiración, y podrá dividirse (al menos hasta Kant) en dos grandes *corrientes*: 1) Por un lado, el platonismo (en cuyo surco hay que colocar a Plotino, San Agustín, Descartes y los racionalistas del s. XVII, el idealismo alemán, etc.). 2) Por otro lado, el aristotelismo (Tomás de Aquino, el empirismo inglés, el positivismo, etc.).